

María Zambrano

# Horizonte del liberalismo

Introducción de Jorge Novella Suárez



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo Jesús Moreno Sanz en el Vol. I - Libros (1930-1939) de las OO.CC. de María Zambrano, 2015

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Fundación María Zambrano, 2015  
© de la introducción: Jorge Novella Suárez, 2022  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-612-3  
Depósito legal: M. 27.752-2021  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9 Introducción, por Jorge Novella Suárez

## Horizonte del liberalismo

- 29 Temas
- 31 Política
- 41 Política conservadora y política revolucionaria
- 45 Posiciones objetivas (*racionalismo u optimismo cognoscitivo*)
- 49 Política revolucionaria
- 65 El liberalismo
- 75 El liberalismo y la ética
- 85 El liberalismo y la religión (*el problema del individuo*)
- 95 El liberalismo y el problema social
- 107 Hacia un nuevo liberalismo



# Introducción

María Zambrano (1904-1991), filósofa, ensayista y una intelectual muy comprometida con su tiempo, nace en Vélez-Málaga, pasa su infancia en Segovia y se trasladará a Madrid en 1921. Hija de maestros, Araceli Alarcón y Blas Zambrano, catedrático de Gramática en la Escuela Normal de Segovia, amigo de Antonio Machado, socialista, masón y fundador de la Universidad Popular en la ciudad castellana. Exilada en 1939, no volverá a España hasta 1984, padeciendo rigores y penurias a lo largo de toda su vida. La llegada a España fue posterior al Premio Príncipe de Asturias (1981); tras su vuelta recibirá homenajes y premios: Doctora Honoris Causa por la Universidad

de Málaga (1982), Hija Predilecta de Andalucía (1985) y el Premio Cervantes (1988), que reconocerán –muy tardíamente– la obra y el ejemplo de la filósofa veleña. En 1987 se creó la Fundación María Zambrano, con sede en Vélez-Málaga.

En la Universidad Central cursará la carrera de Filosofía, teniendo como profesores a Manuel García Morente, Xavier Zubiri, Julián Besteiro, Bartolomé Cossío y Ortega y Gasset, entre otros. La carrera de Filosofía le provocará zozobra y dudas sobre si eso era lo que quería hacer; la brillantez de Zubiri le hace pensar que ella no sirve, y posteriormente Jiménez de Asúa le ofrecerá entrar en el Partido Socialista Obrero Español con la posibilidad de ir en las listas del Congreso de los Diputados. A ella no le atrae la política de partidos y se reafirmará en su vocación, encontrando en sus maestros invisibles dónde asirse para superar sus crisis: Unamuno y Machado, San Agustín, San Juan de la Cruz, Teresa de Ávila y Miguel de Molinos, Spinoza, Plotino y Max Scheler, entre otros. Además de Benito Pérez Galdós, que «leía a España por dentro». Su pensamiento horadará desde el sentimiento trágico de la vida hasta el *ordo amoris* las entrañas del hombre y del mundo. Como constante a lo largo de su vida está su

formación en la Institución Libre de Enseñanza (I.L.E.), heredera del krausismo y del krausopositivismo, haciendo una forma de vida con su testimonio y compromiso.

En María Zambrano encontramos el estilo de la ética institucionista y del socialismo de Pablo Iglesias y Besteiro, austeridad, rigorismo moral, el espíritu de la educación que aprendió con Cossío y Giner de los Ríos, una ética solidaria y humanitaria compatible con un cristianismo liberal y crítico, un liberalismo progresista próximo al socialismo, donde la libertad y la igualdad tienen que ser contempladas en el estado de derecho, y un modo de ser cristiano muy crítico con la jerarquía eclesiástica. Su formación institucionista la vacunó desde joven contra los individualismos y los colectivismos; para ella, las instituciones intermedias eran clave en el desarrollo de una sociedad más justa. Su compromiso siempre fue en contra del fascismo y por la democracia. Consciente del anacronismo que vive España, no se lamenta como «las plañideras del 98» (Azaña *dixit*): su apuesta es el proyecto de ilustración para España que representa la generación del 14, liderada por su maestro Ortega y Gasset, donde la burguesía intelectual marcaba los caminos pero no se impli-

caba. Siempre de perfil, lo que le faltaba a ese proyecto era pueblo, y María Zambrano luchará por ello; por ese «hombre de nuestra tierra» que es el pueblo, como afirma su admirado Machado.

*Horizonte del liberalismo* es la primera obra de nuestra filósofa. Inicia su redacción en el otoño de 1929; atrás ha dejado una novela, *La espera*, y están presentes las influencias con las que había crecido en el entorno de la actividad cultural y política de su padre, Blas Zambrano. Este texto nunca se volverá a reeditar en vida de la filósofa, hasta la edición de Moreno Sanz en sus *Obras Completas*. Aparecerá en 1930, cuando la joven María Zambrano participa en todo tipo de revistas, asociaciones, ligas, etc. Escribe artículos en *El Liberal*, ingresa en la Federación Universitaria Española (FUE), es una mujer de su tiempo, pertenece a una generación inquieta y muy comprometida con los acontecimientos que le tocó vivir. Es la llamada generación neorromántica del 29 o el 30, la que más tarde se denominará «generación del toro», porque se inmolará y sacrificará por España. El año 1930 es año de encrucijada y de radicalización de esta generación joven que quiere dinamizar una España apagada: se llama a la ac-

ción contra la dictadura, que periclitaba por momentos, quieren tener vida propia. Esa toma de conciencia va dirigida a elevar el nivel de la vida española, modernizar el país, pero en complicidad con las clases más desfavorecidas, no solo con las élites intelectuales y la burguesía ilustrada minoritaria. Son años de crisis para ella, desde 1927 (la cuestión de si ella podía servir para la filosofía, su tuberculosis diagnosticada en ese mismo año) significan años de repliegue y reflexión. En enero de 1930 cae la dictadura y enseguida se inicia su disenso político, sus desencuentros, con Ortega, su reconocido y venerado maestro.

*Horizonte del liberalismo* o *Nuevo liberalismo* está escrito con «un sentimiento de angustia por las circunstancias del país»: lo que se plantea con este título son las nuevas posibilidades o perspectivas del liberalismo en España. Lleva una dedicatoria: «A mi padre. Porque me enseñó a mirar»; mirar es dirigir la vista hacia algo y fijar la atención en ello, también es buscar información sobre algo o alguien o hacer gestiones sobre un tema. Ortega y Gasset, en las *Meditaciones del Quijote*, subraya cómo hay «un ver que es un mirar». Lo que se propone nuestra autora no es otra cosa que una descripción cuasi fenomenológica del li-

beralismo imperante, que ha quedado ligado, según sus enemigos actuales, a la superada Restauración, cuya sombra es muy alargada. «Dibujar ese panorama político imperante» donde los peligros acechan: fascismo, comunismo, y España en primera línea, en el inicio de lo que luego será la revolución y la guerra civil; Europa, presa del positivismo racionalista, se va a entregar a su suicidio, fruto de la soberbia humana.

Cuando leemos *Horizonte del liberalismo* detectamos ese carácter de exhortación y de manifiesto dirigido a los jóvenes de su generación, y también a sus maestros universitarios. Denuncia, en primer lugar, esa relación que tiene el hombre con el mundo falseada y deformada por el racionalismo positivista que no contempla sentimientos, intuiciones que nos lleven a las entrañas mismas de la vida. Y todo por la poderosa razón. Ahí está *in nuce*, en embrión, la filosofía de María Zambrano y su razón poética con el *ordo amoris*.

Encontramos –implícitas– toda una serie de preguntas, como: ¿qué es la política?, que es entendida como «un dirigir la vida» y su relación con la vida en función de que sea conservadora o revolucionaria; así como su relación con una con-

cepción religiosa de la existencia o una cosmovisión humanista. Por último, la pregunta que aflorará al final y que preocupa a nuestra autora desde el inicio: ¿puede haber una política que reconcilie la economía con la cultura (entendida esta como humanismo)? A contestar a estas cuestiones está dedicado el libro que nos ocupa. El hombre es el protagonista, ese «heterodoxo cósmico» que naufraga en el mundo debido a la hegemonía del modelo racional/positivista, ejemplifica la lucha con la vida como una política que va orientada a la reforma y a la revolución, aunque esta puede abrir paso a políticas conservadoras o revolucionarias.

La cuestión y el problema principal es la crítica del liberalismo clásico y la imposibilidad de conciliar su humanismo con sus planteamientos económicos. Hay una incompatibilidad manifiesta. Su concepción del liberal es próxima al *liberalis* de la tradición hispana, aquellos a los que en Cádiz los periodistas que asistían a los debates de la Constitución de 1812 caracterizaron como bizarros, generosos, solidarios, altruistas con una razón cordial, ese humanismo cívico, republicano y liberal de la tradición hispana. Desde Vives hasta Cádiz y hasta la Institución Libre de Enseñanza,

donde se formarán las élites progresistas del primer tercio del siglo XX en España.

Se cuestiona las políticas y los modelos que tiene ante sí (políticos y económicos), que chocan con su concepción del liberalismo («es, ante todo, cuidadosa delimitación de poderes»); el comunismo ruso es para ella un modelo de esa racionalización de la vida que ahoga a la persona, es una concepción totalizadora e intransigente que tiene puntos comunes con algunas religiones. Y el anarquismo lo entiende como una exaltación e hipóbole del individuo, donde la soberbia humana repite el viejo deseo de «ser como dioses», que conlleva siempre un fanatismo.

El amor es lo más humano que hay para Zambrano. En política se distancia de sus maestros, Unamuno y Ortega, perdidos en la maraña del momento, incapaces de vencer sus individualismos en pro de una causa, de un proyecto en el que el pueblo debe ser protagonista, como siempre defendió Machado, por quien tenía fascinación. Los conservadores han «mineralizado la historia», son los que mayores rentas tienen, de ahí su inmovilismo, su quietud social, el «estatismo histórico» que ella compara con la Iglesia católica medieval, basada en la revelación que

produce daños importantes para ella misma al fossilizarse y hacer al propio Dios conservador. Todo lo nuevo será heterodoxo, pecado, caos y desorden en tanto que se aparta del dogma inamovible. La paradoja de esta ortodoxia es que precisa del diferente, el hereje o heterodoxo para poder afirmarse. En categorías políticas se identifica con el conservadurismo religioso, un tradicionalismo mágico, caracterizado por un pesimismo ante cualquier intento de cambio.

Siguiendo con esta cuestión, la política conservadora se define por la ausencia de novedad, mientras que la revolucionaria es siempre descubrimiento. La revolución puede dar paso a políticas de uno u otro signo. En ese tiempo en el que está instalada nuestra filósofa se cree superado el liberalismo frente al avance de socialismos, comunismos, fascismos, anarquismos, etc. Es algo decimonónico que ha dado sus últimos estertores como algo caduco; ella lo manifiesta afirmando que hay «pocos liberales y progresistas españoles»; frente al pesimismo hay que enarbolar la vida por encima de la razón: esa confianza en la vida es revolucionaria por sí misma. Optimismo frente a escepticismo; incidir en las señas de identidad de ese liberalismo que ha protagoniza-

do el progreso, la democratización (la gran diferencia con Ortega y Gasset); ese es el empeño de María Zambrano en su nueva lectura del liberalismo, que la conducirá a un liberalismo próximo al socialismo liberal.

En el liberalismo el individuo es el gozne de toda acción, con una concepción aristocrática del hombre, su concepción basada en el racionalismo, que lo llevará a romper con las instituciones que dirigen la vida de los hombres desde la revelación. No podía ser de otro modo: en tanto que ese liberalismo humanista aflora con el Renacimiento, la ruptura con lo medieval era uno de los signos de la modernidad; ese individualismo es hijo del antropocentrismo. La autonomía de la razón y su carácter crítico constituyen una revolución en la concepción del individuo que confrontará permanentemente con el dogma católico de la providencia. Los derechos de los individuos, del hombre y del ciudadano emergen y se contraponen a los dogmas de las religiones positivas. Será necesario conciliar al individuo con la sociedad a través del pacto social, desde Locke hasta Rousseau. Como extremo tenemos el excesivo individualismo, que conducirá al anarquismo como disgregador de la sociedad.

Hasta aquí la enunciación teórica de María Zambrano: si trasladamos este planteamiento a su contexto, esas minorías egregias, esas elites, dejaban sistemáticamente fuera de juego a las organizaciones que representaban al pueblo llano y a las masas más desfavorecidas. La violencia se hace presente, la acción directa de unos contra otros, y pone en evidencia una sociedad fracturada, con una clase media fragilísima, con unas minorías directoras diversas (entre la izquierda y la derecha) y en la que los maestros universitarios oscilan entre el retiro solitario y la soberbia. Ella se reafirma en una concepción del pueblo muy machadiana: «Nadie es más que nadie».

El problema social está presente y radicalizado en los años treinta del siglo XX español. En estos enfrentamientos, que Zambrano describe como generacionales, entre unas tradiciones y otras, se fija en el comunismo («último producto del liberalismo racionalista»), que tiene sus raíces en el liberalismo humanista, aunque el liberalismo se ha visto sobrepasado por todas las fuerzas contendientes, achacándole que no ha sabido resolver los problemas que tenía el país. Aquí es donde María Zambrano imprime su sesgo al nuevo liberalismo: si se quiere y hay voluntad de hacer efectivos los dere-

chos humanos se precisa una reforma económica, una socialización de la economía que la economía liberal impide. Contradicción, paradoja, un problema «de salvación o naufragio». La pregunta es clara: ¿se puede construir desde el liberalismo una nueva economía social y que esta respete la identidad del liberalismo? Esa es la cuestión.

Este es el horizonte del nuevo liberalismo que Zambrano propone para resolver los problemas de España. Debe ser conciliador, solidario, respetar los principios de igualdad y justicia para que todos se reconozcan en él, pero la realidad es que «todo está desintegrado». Esa imbricación de política y vida, los deseos de vivir, que constantemente cita como un sello característico de su tiempo y que su generación ha hecho emblema: todo se estrella ante la ausencia de pragmatismo a la hora de intentar resolver los problemas desde ese individualismo. ¿Quién ha de llevar adelante esa empresa política de transformación del liberalismo? Esa nueva estructura económica que necesita España la han de acometer «liberales del más auténtico y depurado liberalismo», con esfuerzo y sacrificio.

Aquí hay elementos en la reflexión de Zambrano (especialmente la violencia) que utilizará pos-

teriormente para analizar la guerra de España, la agonía de Europa y el papel de los intelectuales en el drama de España. Múltiples comentaristas de la obra de la filósofa velleña han señalado su admiración por Fernando de los Ríos y su concepción de un socialismo humanista. De los Ríos hace una propuesta muy elaborada y fundamentada que defiende en una España donde priman los discursos radicales, las prácticas reformistas o la llamada a la revolución; en todos los casos con imposibilidad manifiesta de llevar adelante esos principios más ideológicos que programáticos. Su concepción del socialismo es una refutación a la falta de respuestas del liberalismo frente a la llamada cuestión social, una constante que ya establece De los Ríos en *Los orígenes del socialismo moderno* (1912) y mantiene hasta sus últimas conferencias sobre *El moderno socialismo humanista* (1940). En *El sentido humanista del socialismo* (1926) recoge el legado del liberalismo, de estirpe doceañista e institucionista, como defensa de los derechos del hombre, lo que unirá a su neokantismo para llevar a cabo una fundamentación ética de un socialismo no marxista, que defendió durante el resto de su vida como el puente idóneo entre el liberalismo y el socialismo humanista.

De las muchas lecturas que se han hecho para caracterizar al nuevo liberalismo zambraniano, este es un lugar bastante consensuado por sus diversos comentaristas. Está en la senda del liberalismo hispano, especialmente del institucionismo. Pero, sin duda, es a ti lector, al que le corresponde la última palabra.

Jorge Novella Suárez

Águilas-Murcia, agosto-septiembre 2020

# Horizonte del liberalismo



*A mi padre. Porque me enseñó a  
mirar.*